

HISTORIAS DE ABUELAS

ANA TALEB LUCHÓ POR LA MEMORIA DE SUS HIJOS Y POR LA DE SU NIETA

La última dictadura le arrebató a dos de sus hijos, Jorge y José María. También fueron secuestradas las mujeres de ambos, Nilda y Cristina. En 1984 recuperó a su nieta Jorgelina, secuestrada junto con su mamá, Cristina, el 15 de mayo de 1977.

Por Luciana Guglielmo

“Para los navegantes con ganas de viento, la memoria es un puerto de partida”, esta frase de Eduardo Galeano, podría reflejar perfectamente la historia de la Abuela Ana Taleb. Después de la desaparición de sus familiares, se embarcó en la búsqueda incansable de Jorgelina y, tras su restitución en 1984, la Abuela luchó por mantener viva la memoria de sus hijos y transmitir el legado a sus nietos. Su vida no fue fácil, pero su esfuerzo valió la pena.

La Abuela Ana quedó viuda siendo muy joven. A pesar del duro golpe, su fortaleza la ayudó a sacar a su familia adelante. Dividía su tiempo entre la docencia y el hogar. Crió a sus cuatro hijos –José María, Jorge, Fernando y Ana María– con amor y paciencia. Era una persona recta, respetuosa, que pensaba siempre en el prójimo. Fue un ejemplo para sus pequeños. Quienes la conocieron cuentan que la Abuela estaba orgullosa de su familia y que disfrutaba mucho del tiempo que pasaban juntos.

José María

Era el hijo mayor, recordado como una persona bondadosa, solidaria, poseedor de un gran sentido del humor y un corazón generoso. Cuando terminó la secundaria se mudó junto con su hermano José de la casa familiar en Felicia, en el departamento santafesino de Las Colonias, a estudiar la carrera de Arquitectura en Rosario. Por entonces comenzó su militancia en el PRT-ERP. Durante esa etapa conoció a Cristina, una estudiante de la misma carrera, se enamoraron y se pusieron de novios. Cuentan que era una joven agradable y con carácter, tan idealista como José

José María y Cristina apostaron a la vida y así fue que llegó Jorgelina el 5 de agosto de 1973

María. Para esa época, Cristina ya era madre de Damián, fruto de una relación anterior. Apostaron a la vida y, creyendo en un futuro mejor, decidieron agrandar la familia, y fue así que llegó Jorgelina el 5 de agosto de 1973.

Por aquellos años, el país estaba atravesando por momentos complicados: el presidente Juan Domingo Perón había fallecido en julio de 1974 dejando en el poder a su esposa, María Estela Martínez de Perón. La situación social que se vivía era de tensión. El 12 de agosto de ese año José María murió fusilado en Capilla del Rosario, Catamarca, junto con 15 compañeros. La tristeza invadió a la familia, pero todavía faltaba lo peor. El 15 de mayo de 1977



La Abuela Ana Taleb.

Cristina y la pequeña fueron secuestradas de su domicilio en Lanús. Tras el operativo, la chiquita quedó en casa de una vecina. Como ésta no pudo dar con el paradero de su familia, la llevó al Tribunal de Menores de Lomas de Zamora a cargo de la jueza Delia Pons, la misma que más adelante les diría a las Abuelas: “Estoy convencida de que sus hijos eran terroristas, y terrorista es sinónimo de asesino. A los asesinos yo no pienso devolverles los hijos porque no sería justo hacerlo. No tienen derecho a criarlos”. La jueza no buscó a la familia de la pequeña y la internó en un hogar de menores. Allí era visitada por un miembro de la Fuerza Aérea, quien poco tiempo después le presentó a Delia

Abuela Ana se exilió en la capital de Suecia, Estocolmo. Fueron muchos los golpes recibidos en pocos años ya que su hijo Jorge también había sido asesinado en una emboscada a principios de octubre de 1975 y su nuera Nilda también fue secuestrada en mayo de 1977. Por suerte, Cecilia, la hija de la pareja, estaba viviendo con sus abuelos maternos, quienes fueron los encargados de su crianza tras la ausencia de sus padres.

Ana luchó codo a codo a la distancia con las Abuelas y con organismos de DDHH en la búsqueda de su nieta. Siempre con el deseo y la esperanza de encontrar a Jorgelina. En 1984, las Abuelas localizaron a

Desde el exilio, Ana le escribía cartas a su nieta pero su familia adoptiva no se las entregaba

la pequeña pero, tristemente, la familia adoptiva se negó a que su familia biológica tuviera contacto con ella.

En algunas visitas que la Abuela Ana hizo a la Argentina veía a Jorgelina de lejos, pero un dolor le invadía el alma por no poder abrazarla. A partir de ese momento, Ana se propuso otra misión: la de mantener viva la memoria de sus hijos y transmitir la historia a sus nietas. La escritura fue su cable a tierra y así fue como empezó a escribir cartas. No sólo le escribía a la pequeña Cecilia, con quien tenía una hermosa relación, sino también a Jorgelina. La Abuela tenía el recaudo de guardar copias originales de toda la correspondencia que enviaba, hasta que en 1989 falleció. Pero esas líneas nunca llegaron a manos de su nieta porque su familia adoptiva no se las entregaba.

Reencuentro

En 1996 y en pleno proceso de búsqueda personal, Jorgelina entró como monja en la Congregación “Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús”. Allí permaneció seis años y en ese tiempo pudo armarse y reencontrarse finalmente con su familia de origen, comenzando así una nueva etapa en su vida. En diciembre de 2002 decidió retirarse de la Congregación y al poco tiempo conoció a quien sería su marido, Antonio, y tuvieron tres hijos, formando así una hermosa familia.

Un día Jorgelina recibió un regalo muy especial que la ayudó muchísimo en esa etapa. Un primo le trajo desde Suecia una valija repleta de cartas y fotos que la Abuela Ana había atesorado especialmente para ella. La joven afirma que esas líneas relatan la travesía de su Abuela por reencontrarse con ella y, que leyendo esas cartas, pudo percibir el inmenso amor de su Abuela, como también de su búsqueda incansable y de su perseverancia. Del mismo modo, pudo leer su dolor y entender que lo único que siempre quiso era abrazarla.

Hoy Jorgelina y Cecilia tienen una hermosa relación y conocen su historia y su verdad gracias a la lucha de la Abuela Ana. Ambas le están inmensamente agradecidas por todo lo que hizo por ellas y por el amor incondicional que siempre les demostró a pesar de la distancia y de las piedras del camino.

Hoy las jóvenes pueden navegar por aguas transparentes con un horizonte claro de Verdad y la Justicia.

Luego de la desaparición de Cristina, la Abuela Ana se exilió en la capital de Suecia, Estocolmo

Pons un matrimonio que quería obtener su guarda. En 1979 esta pareja obtuvo la adopción plena y Jorgelina fue inscripta como Carolina Sala.

Búsqueda

Luego de la desaparición de Cristina, la